

El Extremo Occidente y los mitos del fin del mundo¹

Olivia del Castillo

"El lago es limitado y reducido en contraposición al mar que se supone que es ilimitado. Por tanto, el mar, es siempre un símbolo del inconsciente colectivo que no tiene límite por ninguna parte, mientras que el lago es como estar encerrado en *terra firma*, lo que invariablemente simboliza la conciencia. Sería aquella parte de inconsciente encerrada por la conciencia, un pedazo de inconsciente perfectamente controlable. Por tanto, el lago de nuestra casa es el inconsciente personal familiar, la parte que nos conecta con el padre y la madre, con los hermanos y con los tíos, los determinantes ancestrales, etcétera; es un lugar bello y bien conocido que tiene su historia y que constituye el principio de nuestra vida".

C.G. Jung, *The Seminars*, Vol. II, Part I, *Nietzsche's Zarathustra*, p. 14.

De todas las leyendas que he leído sobre el estrecho de Gibraltar la que más me gusta es la que cita Estrabón. Según esta historia, en un principio, el mar Mediterráneo era un lago. Con el paso del tiempo, el lago se fue llenando con el agua de los ríos que afluyen a él. Llegó a aumentar tanto su caudal que se desbordó sobre el Océano por la zona en la que se unía la Península Ibérica con la Libia Mauritana, la zona de África que se encuentra frente al estrecho. De ese modo se creó el estrecho.

Me gusta la idea, o la imagen, de la continuidad del territorio entre los dos continentes.

Si esta leyenda fuera una historia cierta, quizá no se habría creado la otra leyenda sobre los famosos monos africanos de Gibraltar. Esta otra leyenda cuenta que los monos, que se encuentran a unos 200 kilómetros de sus familiares que habitan en la cordillera del Atlas, en África del norte, llegaron a través de un túnel subterráneo que unía los dos continentes y que desapareció.

Sin embargo, según un mito hebreo, quien construyó el estrecho fue Merkat, la versión fenicia de Hérakles. Lo hizo partiendo en dos de un

¹ Este trabajo fue presentado en el encuentro internacional organizado por el Istituto Meridionale de la CIPA (IAAP):

Mediterranean Sea Myths. Catania, 9,10 y 11 de junio del 2011

golpe la montaña que unía África y Europa. Fue así como se abrió el estrecho pasadizo que permitió al océano penetrar en el Mediterráneo. Como testigos de tal hazaña quedaron las dos columnas de Hércules: el peñón de Gibraltar y el promontorio de Abila, señal visible del linde con el fin del mundo entonces conocido, el *non plus ultra*, hasta donde pocos se atreverían a llegar.

Pero los monos de Gibraltar al parecer se encuentran en ese lugar desde el Pleistoceno (hace cinco millones de años), es decir, desde muchísimo antes de que los fenicios o los griegos hubiesen llegado a la zona. Y parece ser que, a su debido tiempo, también se encontraron con Hércules, y jugaron con su imponente figura, alterando el valor de sus heroicas hazañas. Según el mito, los Cercopes, que eran dos hermanos, hijos de Océano y Tía, se comportaban como bandidos, tramposos y mentirosos. Su madre les había prevenido contra el hombre del trasero negro. Transformados en moscones, solían zumbear alrededor del lecho de Hércules. Un día éste les atrapó, les obligó a asumir su forma real y los colgó por los pies de una vara que se echó a los hombros. En esta postura, los Cercopes vieron el trasero ennegrecido de Hércules y se echaron a reír con tantas ganas, que finalmente Heracles divertido los liberó. Pero Zeus, irritado por sus fechorías, los convirtió en monos.

No deja de ser sorprendente el hecho de que los monos de Gibraltar sean el único primate que puede encontrarse actualmente en libertad en Europa. Se libró de ser absorbido por la cultura, manteniendo su salvaje naturaleza.

Existe la creencia popular de que el día que desaparezcan los monos desaparecerán los británicos de Gibraltar. Durante la Segunda Guerra mundial, cuando se temía una posible invasión hispano-germana, el propio primer ministro británico Winston Churchill ordenó traer varias docenas de ejemplares del norte de África para asegurar su exigua población.

Pareciera que el mono actúa como psicopompo que se encarga de mantener viva, y en libertad, la conexión con el lado primitivo de nuestra especie, de nuestro ancestral origen africano. Es interesante ver cómo mediando la imagen simbólica del mono nos encontramos en medio de dos continentes que formaron la cuenca del Mediterráneo siendo testigos

de la llegada de un agente que no pertenece al Mediterráneo, los británicos. El británico de Gibraltar penetró y se aferra al mono, alterador del orden de lo civilizado, para mantenerse presente y continuar habitando en esta rara combinación de culturas. Algunos dicen que Mono es un dios, primo de otro dios, Hermes, y por tanto de parecida naturaleza. Como Hermes, dios de los magos y las transformaciones de la alquimia, Mono nos desenmascara como necios, pero nos mantiene en conexión con la perseverante fuerza transformadora de la actividad instintiva.

De la fuerza transformadora instintiva me dejó clara huella el sueño de una de mis pacientes, de arraigada ideología humanista, en el que un mono, que estaba con ella y con su marido en su habitación de matrimonio, era masturbado por su marido, por indicación de ella. El mono eyaculó, de modo y manera que inundó toda la habitación de esperma: paredes, muebles y todo tipo de enseres. Así resolvió el dios Mono, ¡de un golpe de instinto!, el encierro y el control de la conciencia familiar ideologizada de mi paciente. Del efecto transformador de esta intervención del dios se han beneficiado ella y su familia, sus hijos en especial, que empiezan a poder salir del cuenco familiar a través del “estrecho”.

Que el lago se desbordara, como señala Estrabón, o que fuera éste penetrado por las corrientes del Océano, implica que llegó un momento en que el caudal que albergaba las aguas de los ríos, tenía necesariamente que abrirse. El *perfectamente controlable trozo de inconsciente encerrado en la conciencia*, en el lago, del que habla Jung, quizá tenía que adquirir noción de sí al abrirse en su cuenca el estrecho espacio por donde se derramaría el muy destilado elixir de su historia milenaria, dejándolo a expensas de lo desconocido. Cuando el hombre mediterráneo cruzó el límite del estrecho, nació a la conciencia porque vio que lo que hasta entonces conocía no era el todo. Cuando el culto hombre del Mediterráneo cruzó el estrecho y sintió el miedo hacia lo desconocido, tuvo una conciencia más amplia de sí mismo.

En aquel lugar misterioso, repleto de argumentos míticos, un mar y un océano se encontraban, creando un flujo y un reflujo peligroso. Por debajo del fondo de las aguas que se entremezclan, el profundo túnel por

donde pasan los monos revoltosos, los listos e impúdicos monos que mueven y alteran, está allí para mantener viva la conexión con lo que viene de Libia, con lo que viene de Oriente, con lo que no se deja domar o cultivar.

Fue, se dice, en la orilla africana del estrecho, sobre el monte Atlas, mitificado como la tumba del rey Atlas, donde los fenicios divisaron la redondez del horizonte. Vieron al océano como un inmenso río que rodeaba la tierra. El fabuloso río fascinó a estos visitantes que intuyeron contenidos en él los cinco terrores: *la calma*, porque el agua es espesa y a veces está peligrosamente quieta, *las nieblas*, *los bajos*, *las algas*, que muchas veces retienen a las naves, y *los monstruos y fieras marinas*, que nadan alrededor de los navíos y se mueven lenta y lánguidamente .

Ese mito, el mito de la creación de un mundo, el de la cultura mediterránea, cuajó en el Occidente al desbordarse el lago. Mito que debió de ser muy profundo y de largo alcance como para que su denominación de origen: Occidente, llegara tan lejos, abarcara tanto territorio, consiguiera infiltrarse tanto.

El estrecho de Gibraltar fue, pues, el lugar geográfico en el que confluyeron los elementos que constituyen el mito al que he venido haciendo referencia: lo remoto - lo más ajeno - con el fin del mundo - los monstruos, lo novedoso, lo que viene, que en realidad ya está aquí sólo que no lo vemos. En el estrecho confluyeron lo más ajeno con lo más novedoso. Pero esa confluencia supuso también, y sobre todo, un encuentro psíquico.

El encuentro psíquico de los fenicios y de los griegos con lo remoto y monstruoso tendría sus efectos. Tremendos efectos que iban a movilizar con el andar de los siglos a una gran parte de la humanidad. Lo enorme del efecto producido en este estrecho lugar, en ese su momento psíquico, en ese encuentro, se produjo porque en vez de guerra hubo trato. No es que la guerra sea un conflicto y el trato no lo sea. De hecho, el “trato” supone penetrar en los conflictos. Fue así como se produjo el encuentro histórico y el encuentro psíquico. Ello abrió la posibilidad al intercambio, al comercio, a los asentamientos y a un tratarse, un notarse e influirse mutuamente entre las culturas y los individuos. Algo se había liberado ahí.

Eso pasó. ¿Y qué hay de eso ahora? ¿Qué fue de aquel mito de la creación de un mundo? ¿Qué queda de esa lánguida lentitud y de esa clara conciencia de los monstruos y de los peligros que permitió que lo que allí cuajó llegara tan lejos?

Pues poca cosa, o nada.

Quedó un hombre desasistido. Un hombre abocado a la aventura compulsiva y al viajar perpetuo, sin contar con el contrapeso psíquico del mito que lo frena. Contrapeso que le haría fondear de manera que su viaje adquiriera significado y profundidad, y no se quedara sólo en un viaje organizado y dirigido exclusivamente por la unilateralidad del yo. Quedó un hombre enfermo, que ya no se acerca al estrecho. Un hombre que no se entera de cuando se desborda, que tiene miedo a lo desconocido, que no sabe, o no tiene cómo saber, que lo monstruoso, eso que él ve como lo nuevo, lo que ha de venir, le está ocurriendo ahora. Un hombre que no está iniciado en el mito a través del cual pueda hacer nacer mundos que aún deben ser descubiertos.

Nunca fue tan inconsciente nuestra consciencia del mundo. Pareciera que de nuevo el lago, desde su cuenca más oriental, está a rebosar y a punto de desbordarse en occidente. Sin mito que medie, no hay naves que remen, no hay monstruos que se muevan lenta y lánguidamente llevando a cabo el proceso psíquico.

Siento que ese mito lo vivo en el reducido espacio de mi consulta. O quizá, percibo que ese mito ahora sólo lo vivo en el reducido espacio de mi consulta. Ese mito es el mito que rige el flujo de los procesos psíquico de mis pacientes.

Tengo la impresión de que en mi consulta se produce cada día, en cada momento algo así. Tal vez en ese pequeño reducto se está dando algo de lo que aquel mito que cuajó en Occidente puso en marcha.

No es que no sea un trabajo, no es que no se viva el conflicto, no es que uno no se asome al mar de poca profundidad en el que se ven los monstruos. No. Muy al contrario, la tensión extrema se palpa. En la consulta lo que hay es un trato y el tratamiento es ese movimiento lento y

lánguido de los monstruos que son los que conducen hacia el efecto psíquico liberador de ignotos horizontes a que lleva tal encuentro.

Así como se invirtieron siglos en lo que aconteció en el estrecho, podríamos decir que, de análoga manera, en la consulta las prisas de nuestro tiempo encuentran el freno y la lánguida lentitud que requieren las imágenes psíquicas para hacerse visibles. Ha de darse la calma, han de llegar a ser espesas las aguas, todo ha de volverse denso para que se vea la niebla que le hace a uno ver que no ve, que no está viendo. Esa calma, no es que sea una calma tranquila, es una calma que encierra grandes horrores, o grandes novedades. Esa niebla, no es que condene a la ceguera, es que sólo a través de ella se llega a ver de verdad. Y esas algas que retienen las naves hacen que uno se detenga, adquiriendo un ritmo que surge de la profundidad.

Así lo veo yo, y eso es lo que ha hecho que traiga el sueño de mi paciente. Y de allí que, a modo de conclusión, me gustaría dejar la imagen psíquica tan antigua como los monos de Gibraltar porque la psique es más antigua que todo, y por eso es *non plus ultra*.

Los Cerotes ven el trasero ennegrecido de sus complejos, una vez que éstos adquieren forma real. Si el analista se los echa al hombro colgando de la vara, el paciente verá su trasero negro, el trasero negro del héroe, y se echarán a reír, con tantas ganas que el paciente se libera del encierro. El hecho de que Zeus irritado los convirtiera en monos indica que no porque hagamos este trabajo se van a acabar las sombras, está en el hombre ese culo negro y siempre va a estar ahí, sin ir más allá, se trata del *non plus ultra*. Por eso Zeus, que es la justicia, los convierte en monos, para que el hombre no vaya más allá en su pretensión civilizadora. La pretensión de ir más allá pierde de vista el rol liberador de esos monos del Pleistoceno que van a seguir moviendo al hombre hacia la reflexión. No en vano, los británicos, que han visto y asimilado muy bien la doblez del bien, o sea el mal; desde Shakespeare a Stevenson, autor de Dr. Jekyll y Mr. Hyde, tienen muy en cuenta el trasero negro. Quizá esto explique el hecho de que el culto y preclaro estadista Winston Churchill, muy prudentemente, se encargara de que no se extinguiera la especie en momentos en que la combatividad heroica podía arrasarse con su presencia en Gibraltar.

Como analista, tengo un íntimo sentimiento de pertenencia. Me siento mediterránea, me siento del Occidente remoto, me siento del margen, del estrecho, y siento cómo eso me sorprende, me horroriza y me protege.